

ARTES POPULARES JALISCIENSES

Agustín BASAVE

SI SE FORMARA la carta geográfica de las artes populares mexicanas y se marcaran con sendos puntos los lugares en que éstas se cultivan de manera sobresaliente, es probable que Jalisco sería la región nacional más profusamente marcada.

Han sido privilegio de esta región, desde los tiempos anteriores a la Conquista —cuando los bravíos chimalhuacanos eran únicos señores de sus valles y sus montañas— esa habilidad manual, esa fecunda fantasía y ese agudo espíritu de observación que han hecho famosos a nuestros artistas indígenas. Extraordinaria es en ellos la “asiática” facultad de labrar con primor parvos trozos de materia. Ya lo observó, con su habitual perspicacia, el arquitecto Jesús T. Acevedo.

Lo cierto es que muy particularmente de la provincia jalisciense podría decirse lo que de México, en general, afirmó Tablada: “desde el oscuro alfarero de Casas Grandes, que murió hace miles de años, hasta los humildes coroplastas tonaltecas, Lucano y Jimón, Galván y Ortega, no ha habido un solo instante en la vida mexicana en que no se hayan producido objetos de arte y de belleza”.

Jalisco ofrece una variada, extensa y exquisita producción de objetos de arte popular. Ella sería suficiente para dar fama a todo un país. Ni Guatemala ni Honduras, ni otra nación alguna de Centroamérica, poseen muestras de arte vivo comparables a las producidas por los artistas de esta comarca del Occidente mexicano.

En pequeñas poblaciones donde la sangre de los primitivos indígenas se ha mantenido en toda su pureza florecen industrias admirables: la loza de Tonalá, los “monos” de Tlaquepaque, los trabajos de madera, de hueso y de lana de Teocaltiche, los policromos muñecos de “chilte” que se modelan en Talpa y los de caña que se hacen en Santa Ana Acatlán.

En poblados donde la sangre española se ha mantenido relativamente sin mezcla, tales como San Juan de los Lagos

y Jalostotitlán, hay otras actividades artísticas: la escultura, la encajería, la incrustación de maderas.

Puede decirse, en consecuencia, que las artes decorativas han sido preferentemente practicadas por las dos razas puras: la de los indígenas y la de los criollos de sangre española.

LA MÚSICA

El mestizo también tiene su lado interesante, en el sector de que tratamos. Es el autor de muchas de nuestras más bellas y peculiares canciones. Él es quien las canta en las cuadrillas de las haciendas y en las casas pueblerinas, con su voz que arrulla y plañe, languidece y al fin se apaga al mismo tiempo que la tarde, dejando el silencio preñado de anhelos. El mestizo de Ameca, de Cocula, de Etzatlán es quien ha compuesto muchos de los más típicos "corridos", de los relatos que monótonamente ganguean los ciegos pordioseros, mientras el tren se detiene en las estaciones.

Cantos de ciegos.—Recuerdo a dos de estos juglares inválidos. Los vi hace años en San Juan de los Lagos, en época de feria, por aquellas calles adornadas con listones de papel de china, blancos, azules, amarillos, como las talaveras poblanas.

Los dos ciegos estaban frente a frente. Era el primero alto, y más que alto, altivo: cabeza erguida, ademán violento, firme voz que no había sido ablandada por la mendicidad. Bajo sus párpados abiertos asomaban las cuencas sangrientas. El otro era un viejo barbado, enjuto, cetrino, harapiento y encorvado sobre un gran bastón de vuelta. Como los *versolaris* vascos, dialogaban en verso, ante gañanes, mozas y rapaces atentos. Sus recitaciones concordaban con el místico ambiente del lugar y se referían a la Pasión y Muerte de Cristo. Relataba el primero. El segundo hacía objeciones y preguntas, grave, pausado. La respuesta era siempre rápida y vehemente. Llegaba la voz hasta las inflexiones de la ira. Luego continuaba la evangélica narración. Cada vez que se mencionaba el nombre de Jesús, los del corro se descubrían con respeto. Terminado el diálogo, los ciegos se arrodillaban, decían unos cuantos latines bárbaros, y el viejo pedía para ambos la caridad de

las buenas gentes, por el amor de Dios. Luego les vi marcharse por las torcidas calles de la villa devota, camino de la basílica, en cuyo espacioso atrio veían un buen lugar para recibir limosnas de manos de peregrinos y devotos.

El jarabe tapatío.—Una pequeña nota, de paso, sobre este baile dramático que encierra una historia de amor: insinuación, promesa, desenlace —el “cócono”—, en que la doncella se rinde. Y todo el desarrollo coreográfico —zapateado, seguidilla, fandango y zambra—, salpicado de gracia, de coquetería, de ternura.

En el jarabe tapatío hay muchas reminiscencias de bailes peninsulares. Esto, en cuanto a la danza. La música, en cambio, es de carácter mexicano, un tejido o rapsodia de aires nacionales.

La indumentaria es criolla: la del charro consiste en apretados pantalones de paño o de gamuza con alamares de plata; chaqueta de paño con vistosa ornamentación, camisa blanca, sarape multicolor, sombrero de pilón y ala ancha, con bordados de hilo de oro y negro barboquejo. La de la “china” es una fiesta de colores: falda roja, deslumbrante de lentejuelas y abalorios; rebozo de bolita, camisa descotada y de manga corta, con bordados de hilo; zapatillas de raso verde o rojo, sobre bien restiradas medias de seda.

ANTIGÜEDADES DEL ARTE JALISCIENSE

La práctica de las artes plásticas es muy antigua en estos parajes que fueron los de la bravia Chimalhuacán. Desde antes de que los blancos llegaran a lo que más tarde se llamó Nueva Galicia, había manifestaciones artísticas en la región que hoy ocupan las villas de Tonalá y Tlaquepaque. Las manos de sus habitantes primitivos eran ya hábiles para modelar y decorar. Obras suyas son los cacharros y estatuillas que aún hoy se encuentran en túmulos descubiertos aquí y allá dentro de los límites de Jalisco. Los artífices nativos modelaban grotescas figuras divinas, combados tecomates, así como las ollitas de dos asas y las cuentas de barro que devuelve ahora el lago de Chapala, después de haberlas guardado en su seno azul desde aquellos remotos tiempos en que los pescadores

ribereños las arrojaban a las ondas para asegurar una abundante pesca.

Así, pues, la manufactura de objetos artísticos tenía en Chimalhuacán carta de naturaleza desde la época precortesiana; pero no fué sino hasta después de la Conquista cuando se intensificó el ejercicio de las pequeñas artes plásticas, bajo la dirección de maestros peninsulares. “Los misioneros, dice el P. Frejes, imitando la conducta del primer Obispo de Michoacán, Don Vasco de Quiroga, que impuso a cada uno de los indios un arte o industria particular, viendo su buen efecto, establecieron lo mismo en Jalisco. Así es que unos pueblos trabajan loza fina y olorosa, como Tonalá y Santa Cruz, otros, loza ordinaria, como Tlaquepaque.”

LA INDUSTRIA ALFARERA DE TLAQUEPAQUE

A cinco kilómetros de Guadalajara y, en la actualidad, prácticamente unida a la ciudad, hay una villa cuyo nombre se ha hecho famoso en toda la República. Se llama Tlaquepaque, y le viene su renombre de la habilidad de sus alfareros.

Rodean el lugar tierras escasamente productivas, planicies apenas arrugadas que suelen lucir raquílica flora en “el tiempo de aguas”: mirasoles amarillos, blancos y violados, chicalotes, aceitillas, cardos y chinameles. Su cielo tiene la admirable brillantez que la da la transparencia de nuestra atmósfera, y las puestas de sol, que por breves instantes doran caserío, torres y campos, convierten el paisaje en encantadora laca.

Intensificada por la herencia, la habilidad que para el modelado muestran los indígenas se ha hecho verdaderamente singular. Algunas de las figurillas que en los últimos años han salido de sus manos, muestran ya gran maestría.

Técnica.—El proceso de su fabricación es el siguiente:

a) Extracción del barro de los yacimientos cercanos, b) desecación, c) molienda, d) tamización, e) mezcla del barro blanco con el llamado “pegajoso”, rojo o negro, f) humedecimiento, g) paleteado o amasado hasta que queda homogéneo, h) torteado, i) empolvamiento del molde para evitar que la masa se adhiera a las paredes, j) colocación de la tortilla sobre el

molde, *k*) extracción de la pieza, separándola del molde, *l*) oreo a la sombra, *m*) oreo al sol, *n*) aislamiento con bandas mojadas, *o*) nuevo oreo al sol, durante dos días, *p*) horneado, a 200 o 300 grados de temperatura, *q*) extracción, *r*) pintura y decoración.

Alfareros famosos.—Entre las familias indígenas que con mayor éxito se han dedicado a modelar debe citarse preferentemente a la de los Panduros. El tronco de esta dinastía que ha sostenido el cetro, de generación en generación, es Pautaleón Panduro. De él proceden: Timoteo y su hijo Rodolfo; Ponciano y sus hijos Ascensión y José; Francisco y su hijo Joaquín; Raymundo y su hijo Juan; Ignacio y su hijo Augusto; Conrado y su hijo Emilio. La especialidad de los Panduros está, sobre todo, en el retrato. Largos años de éxito los han consagrado como los artistas máximos en esta línea de la estatuaría.

La industria alfarera, precaria hasta hace medio siglo, recibió gran impulso del Sr. D. Heraclio Farías, hombre lleno de energía, que logró atraer la atención general de la República hacia los productos artísticos de la región y hábilmente supo abrirles diferentes mercados, proporcionando así trabajo y bienestar a varios centenares de artistas. Florecieron entonces los Ramírez, cuya especialidad eran las macetas, Jesús Zúñiga, modelador de muñecos, y Marcos Silva, retratista.

Del grupo de alfareros de la época inmediata a la que nos referimos, fueron, los más notables: Pedro Zúñiga, quien se dedicó principalmente a hacer animales en miniatura: perros, gatos, coyotes, conejos, liebres, zorras, gallos, gallinas y pavos; Apolonio Zúñiga, cuyas figuras de tipos nacionales llamaron la atención general; Zeferino García, modelador de vendedores admirablemente observados: el carbonero, el leñador, la florista, la verdulera. . . , y evocador de escenas típicas: bandidos que juegan a la sombra de una nopalera; los jacarandosos días de campo, el “jarabe” tapatío. . . Miguel Zúñiga, sordo-mudo habilísimo para formar gallardos charros, jinetes en magníficos caballos; de orquestas, bandas y “mariachis”, bodas, peleas de gallos y corridas de toros; Miguel Rivera y Néstor Galván, maceteros, y Celso Rosales, tornero y experimentador en la incipiente industria del azulejo.

Entre los alfareros de la nueva generación figuran ventajosamente los torneros Pablo Escobedo y Guillermo Manzano,

los miniaturistas Ascensión Carranza y Antonio Ríos; José Beltrán, buen modelador e insuperable colorista; Elias Hernández, Macario García y Félix Cervantes.

Ladrillo de "jarro".—La Villa de San Pedro Tlaquepaque, que constituye uno de los atractivos que se ofrecen al turista que visita Guadalajara, está dividida en barrios cuyas actividades son distintas: en el de San Francisco viven los fabricantes de loza; en el de Santiago, los que tornean las macetas y los que hacen los "monos"; en el de Santa María, los ladrilleros.

La manufactura de ladrillos de "jarro", con los cuales se hacen pavimentos que son la admiración de cuantos nos visitan, es otra industria de Tlaquepaque.

El procedimiento de su fabricación es el siguiente:

a) Se moldea el barro en las "adoberas"; b) se secan los ladrillos a la sombra, durante seis o siete horas; c) se "tablean", es decir: se emparejan por medio de una piedra lisa; d) se secan a la sombra, por segunda vez; e) se recortan; f) se ponen al sol; g) se alisan con una piedra porosa y áspera; h) se les pone la tinta, hecha de barro negro o rojo, según se quiera obtener el ladrillo "aperonado" o "colorado"; i) se bruñen con pirita de cobre y j) se meten al horno, donde con combustible de jara, tepopote, viruta, estopa o desperdicios de tenería, se queman a una temperatura que varía entre trescientos y trescientos cincuenta grados.

Los más hábiles ladrilleros son: Justo Piedra, Basilio y Aurelio Tomere.

Lamentable industrialización.—El arte puro de los indígenas de Tlaquepaque ha sufrido una desviación lamentable desde el punto de vista estético y tradicional. Los procedimientos industriales han obligado a los artifices a producir con rapidez, y esto, como es natural, trae el consiguiente descuido en la ejecución. Además, el mal gusto ambiente, al cual tienden a acomodarse los productores, deseosos de vender, ha encaminado a los alfareros por rumbos que les son completamente extraños, y hoy, muchos de los que podrían dedicarse a interpretar lo que es nuestro y a inspirarse en la vida regional, copian mal cacharros extranjeros y modelan pieles rojas, Mefistófeles, Quijotes y Budas. . .

Por fortuna, hay aún quienes practican exclusivamente el arte regional. Hay que aceptar, como un mal necesario, la exigencia que sienten los industriales de poner a la venta lo que mayor consumo tiene; pero creo que debemos empeñarnos en conservar lo que es arte propio, lo que nos distingue y refleja nuestra naturaleza, nuestra vida y nuestra tradición.

TONALÁ

A unos cuantos kilómetros de San Pedro está Tonalá, su villa gemela. Hay entre los dos poblados alfareros singulares diferencias. Tlaquepaque es más accesible. Tiene las ventajas y los inconvenientes que resultan de la proximidad urbana. Más tráfico. Más ruido. Mayor comercio. Mejores casas. Verbenas rumbosas. Vino y canto. Tapadas de gallos. Aspecto desenfadado de moza pueblerina recién prostituida.

Tonalá es silencioso. Pobres tierras de labranza alrededor del caserío. Largos ladridos de perros hambrientos, a la puerta de los jacales. Casas de adobe agrupadas en cuadriláteros, en torno a la iglesia parroquial. Patinillos alargados en cuyos muros extremos ve el viandante trepar el cuamecate, la madre selva de olor denso y azucarado, el geranio de hoja individualista y flor colectiva... Patios cuajados de macetas y medios-cántaros con malvones y rosales, margaritas y dalias, rosas-té, canarias y campánulas. Patizuelos de pozo y sombreado tejabán. Corrales flanqueados por cuartos de habitación y cobertizos para el trabajo, en cuyo centro se levanta "la fuerte y zarpada voluntad de los pitayos y los nopales".

Este pueblo no es plebeyo como Tlaquepaque. Su relativo apartamiento lo ha protegido contra la invasión de los maleantes. Antaño fué corte. Una corte singular de la Chimalhuacán guerrera y salvaje. Los nativos de esta región aún llevan en sus venas la sangre de los tactoanes y los flecheros reales que rodeaban a su reina, cuando entraron a Tonalá Don Nuño de Guzmán y sus huestes castellanas.

Antigüedad de la loza de olor.—Desde ese remoto entonces se hace loza en la antigua "villa y corte". En su *Historia de la conquista de la Nueva Galicia*, dice Mota Padilla (edición de 1870, p. 39): "En la misma plaza a los castellanos, y en las

mismas calles a las tropas auxiliares, se disponían las mesas en buena orden, cubiertas con bien tejidas y delgadas mantas, y en ellas variedad de frutas, tamales de frijol, venados asados, liebres, perdices, conejos, guajolotes en temole que se guisan con pipián con chile negro y tomates y pepita de calabaza, tortillas calientes, cacao frío, pulque y otras bebidas que ya los castellanos conocían y usaban, tinajas de agua fría y limpia, con abundantes jarros o búcaros de diversas formas, muy olorosos."

Maravillosos artistas.—Recogido en su silencio, el tonalteca es del más puro tipo visual. Sabe ver con paciencia. Se deleita en la inspección lenta de una flor, de un arbolillo, de un pájaro, de una avispa. Ha guardado en su retina mil pequeñas impresiones. Sabe cómo revienta un capullo, cómo se despliegan, lentamente, las hojas de una rosa; cómo encorva un gorrion el cuello para beber agua, cómo lo alza para cantar. Conoce el mecanismo del salto del grillo, la distribución de las manchas en las alas de las mariposas. Con callado deleite ha observado el paso de la savia por tallos, hojas y corolas; el zig-zag de las lagartijas, el pesado brinco de los sapos, el planear de las aves rapaces y el bullicioso vuelo de los tordos.

Desde antes que los hombres blancos aparecieran por estos contornos, ya era decorador el tonalteca. Lo sigue siendo. Dentro de muchos, muchos años, lo será aún. Es una actividad que le es congénita. Niño aún, ve a sus padres y a sus hermanos mayores ocuparse del barro: llevarlo al jacal, extenderlo, asolearlo, mezclarlo, humedecerlo y modelarlo. Crece en este ambiente, que lo determina alfarero.

Los instrumentos de su oficio no pueden ser más rudimentarios: pinceles de pelo de cola de perro, colores naturales, de tierras que recoge en arroyos, lamadales, cerros y barrancos. . . Arte de artista pobre que se aviene a lo que está a la mano y que no pide más, porque. . . "siempre ha sido así".

La destreza manual de estos decoradores sólo puede ser comparable a su instintiva elegancia ornamental. Sentados sobre un petate, con las piernas recogidas, como los miniadores persas, apoyada la muñeca sobre el tocomate, el vaso o el botellón que pintan, trazan, con rapidez y seguridad sorprendentes, toda suerte de helechos, palmas, ramas, flores y anima-

les. Poseen un estupendo sentido de la línea y del color, y cada una de sus piezas, cuando el fuego las ha lamido y ha fijado sus tintas, es una verdadera obra de arte.

Decoradores tonaltecas.—Entre los más destacados decoradores tonaltecas son de citarse preferentemente: Ladislao Ortega, fino y pulcro dibujante, cuyos tecomates figuran en muchos museos; Coldívar, el inventor de los fondos de petatillo y puntos; los Lucanos, familia de extraordinarios ornamentadores de vasijas, cuya fauna y flora son orgullo del arte tonalteca; Candelaria Cervantes, decoradora de gran habilidad y notable buen gusto; los Galanes, maestros de la “loza de agua”, que otros llaman opaca o de olor, cuya antigüedad dejamos establecida con la cita de Mota Padilla; y Emiliano Delgado, introductor del torno en la industria alfarera de Tonalá.

Elaboración.—Los artistas de Tonalá suelen comprar sus vasijas en Tlaquepaque y se limitan a ornamentarlas con toda suerte de dibujos animales y vegetales; pero también son alfareros, y se dedican a extraer el barro de las minas cercanas; a mezclarlo con el pegajoso, tras de molerlo, tamizarlo y humedecerlo; a amasarlo y hacer homogénea la masa, a “moldearla”, secarla, pulirla, hornearla y pintarla con colores líquidos obtenidos secretamente por ellos, con excepción del azul cobalto, que lo dan con aceite. Decorado ya el traste, lo engretan, lo secan de nuevo y lo sujetan otra vez a una alta temperatura.

La loza de olor es del pueblo de El Rosario, a media hora de Tonalá; la loza burda (cántaros, tinajas, ollas, comales y lebrillos) procede de Tatepozco; los típicos monitos y los pitos son elaborados en Santa Cruz.

LOS SARAPES DE JOCOTEPEC

Los tejedores.—Es inmemorial el establecimiento de la industria de tejidos de Jocotepec. Los viejos tejedores del pueblo hablan de Gabriel Mendoza como del maestro de todos ellos. Debe de haber urdido sus más bellos sarapes hacia el último cuarto del pasado siglo. Ya entonces había florecido esa in-

industria, desde hacía largo tiempo. Contemporáneos suyos fueron los oficiales Toribio Naranjo, Jesús Coronado y Ponciano Paz.

En esa época próspera de la industria de tejidos de Jocotepec, había un obraje, cuyo dueño era Jaime Ibarra, en el cual trabajaban más de cien hombres, y, entre ellos, cincuenta eran oficiales, tejedores, cardadores e hiladores.

Entre los tejedores recientes los más notables son: Víctor Contreras, José Guadalupe Contreras, Juan Tadeo, Miguel Santana, Domingo Mendoza, Jesús Mendoza y Atilano Delgadillo.

Antiguamente, los sarapes eran de pura lana. Después, para facilitar la venta, los tramaron con algodón. El negro se daba con "tinta de fierro". Entre otros pigmentos, usaban la cochinilla y el caracolillo.

Tanto se vendía para distintas poblaciones del centro y del occidente del país, que cada mes salían de los obrajes varios arrieros con atajos de mulas cargadas de tejidos.

Procedimiento.—En las haciendas de San Martín y El Zapote y en los pueblos de San Cristóbal y San Pedro, son abundantes los rebaños de ovejas. De su lana se surten, principalmente, los obrajes de Jocotepec. Hay dos épocas de compra de lana, que corresponden, naturalmente, a las de esquila: marzo y agosto.

El beneficio de la lana es el primer trabajo que se hace en los obrajes. Si por la finura de la obra que se va a ejecutar se requiere que la lana quede muy limpia, se procede a su lavado con jabón y agua caliente. Si la obra es común, sólo se emplea el agua fría, sin jabón, antes de que la lana entre al hilado. Luego se carda, a fin de poderla hilar con facilidad, mediante unas tablas de mango, sobre las cuales están asegurados alambres de hierro, cuajados de puntas. Sale la lana rizada en suaves espirales, que entran después al torno. En éste da vueltas al huso (*malacate* lo llaman los hiladores), instrumento de madera de figura redondeada, más delgado en sus puntas que en su medio y con el cual se tuerce la hebra y se devana lo hilado. Hecho el hilo y cortado debidamente en hebras de dos metros de largo, se anudan éstas a los pequeños cabos de ixtle de las "aviaduras", y se retiran verticalmente, en

relación al tejedor. Después, por medio de pedales que ellos llaman "cárculas", levantan alternativamente los hilos pares y los nones, y entre ellos hacen pasar la lanzadera (de naranja o tepeguaje) de derecha a izquierda y de izquierda a derecha. El peine aprieta estos hilos horizontales contra el "templero", urdiendo así la tela, hasta terminarla.

Si el sarape no es liso, sino floreado, complementa el procedimiento que ya se detalló el bordado de flores, triángulos, losanjes, rombos, cuadrados y demás elementos decorativos.

Aspecto de los sarapes.—En general, la lana de la oveja negra, sin teñirse, forma el fondo de los sarapes, sobre el cual se destaca la policromía del "floreado". Verdes tiernos, esmeralda y oscuros; azules turquí, marino y celeste; anaranjados y amarillos, rojos y violetas, distribuídos en toda suerte de formas geométricas y florales, resaltan sobre el fondo negro o, más bien, café oscuro del sarape. Alrededor de la bocamanga y en la orilla de la pieza, la ornamentación se hace más importante y tupida. También es frecuente encontrar telas de lana blanca como fondo; pero, en nuestro concepto, son más bellas y típicas las café-oscuras. Cuando se desenvuelve uno de estos sarapes, parece que está lleno de las propias rosas de la Virgen, frescas y fragantes, como en el ayate de Juan Diego. Terminada la urdimbre, pasa a manos femeninas y se termina con vistosos flecos blancos, tejidos con primor.

Decadencia.—La industria de Jocotepec está en decadencia, Ya no van por los caminos, al final de las semanas laboriosas, los atajos de mulas cargadas de lana tejida. Apenas si unos cincuenta tejedores mantienen el trabajo tradicional del pueblo. En total, la mitad de los que antes trabajaban en uno solo de los obrajes.

Un taller regular, en la actualidad, alcanza a labrar diez o doce kilogramos de lana semanariamente. Esto equivale a la manufactura de cuatro o cinco sarapes.

El sarape más común es de dos metros de largo por uno y medio de ancho y pesa dos kilos y medio. Los más pequeños sólo llegan a un kilo y medio. El peso lo da el ancho. La longitud es siempre de dos metros.

Belleza del lugar.—Jocotepec es un pueblo de tejedores, hortelanos y pescadores: gente amante de vivir en paz. Situado en la extremidad occidental del lago de Chapala, su aspecto es tranquilo y risueño; baja su playa, de suavísima pendiente; fértiles sus orillas, con huertas de mangos y meloneros, ciruelos de escuetas ramas llenas de buboncillos verdes, amarillos o rojos; patios amplios con jacoloxochitls coronados de lindas flores aterciopeladas, magenta, rojas, salmón. . . Orlan la breve playa redes tendidas y unas cuantas barcas pescadoras.

Trabajo familiar.—El taller vincula a la familia. Le da un interés común. La armoniza dentro de una sola finalidad. Padres e hijos trabajan en el hogar: en el patio se lava el vellón; la madre y las hijas lo jabonan, lo enjuagan y lo extienden al sol. Son ellas, también, quienes lo cardan y lo hilan. Los varones tejen y “flocean”. Y todos ganan el sustento alegremente.

Su trabajo mismo no carece de belleza. Hay ritmo en el movimiento alternado de las “cárculas”, en el continuo vaivén de la lanzadera. Se canta y se trabaja. Y los operarios no menosprecian su oficio, antes ponen en su labor “cuidado de perfección y armonía”, como dice Eugenio d’Ors. La ejecutan con amor. Agradécenle el pan que les proporciona y saben que el sarape dará a quien lo obtenga, juntamente con el abrigo que en él busca, el placer que dan los bellos objetos a quienes los poseen y contemplan.

ARTES ALTEÑAS

En la planicie de los Altos, tan semejante a la llanura castellana, se encuentra tendida Jalostotitlán (“lugar de las cuevas de arena”), sitio donde se estableció un grupo de colonizadores y en el cual domina aún por completo la raza blanca. No es extraño encontrar en sus inmediaciones y en sus calles apuestos jinetes de barbas rojizas y ojos azules, ni en las rancherías que la rodean, lindas muchachas de cutis sonrosado y encendidos labios.

El carácter de los habitantes, como el de la mayoría de las poblaciones alteñas, es grave, cortés y hospitalario. Una honradez a toda prueba y un gran amor a la verdad completan

la fisonomía moral de esta población y la distinguen de tantas otras de nuestro país, en las cuales, desgraciadamente, son los defectos contrarios a las apuntadas cualidades, las esenciales características.

La población es laboriosa. Trabaja el cuero con singular maestría e incrusta la madera con tanto primor, que bien puede asegurarse que en este arte no hay en México carpinteros que a los suyos aventajen.

Los incrustadores y su técnica.—Entre los treinta y cinco o cuarenta artesanos que en Jalos se dedican a la incrustación, se distinguen, primeramente, Modesto Delgadillo y Guadalupe Rentería y, en grado inferior, Rosario Suárez, Luis Gutiérrez, Olegario Jiménez y Román Suárez.

La madera en la cual incrustan el naranjo (el cual procede de Atotonilco, principalmente) es de sabino, llevado de La Alhaja, lugar situado a ocho kilómetros al sur de la población de Jalos. También suelen incrustar en madera de sauce, muy abundante en las inmediaciones del río.

El procedimiento que para la incrustación emplean es el ordinario: en una tabla de naranjo, de medio centímetro de espesor, dibujan la silueta de lo que se va a incrustar: una rosa, una ardilla, una hoja que se enrosca, una lechuza, una rama florida; la recortan, la emplean como estarcidor sobre la madera del sabino, resacan, prueban, ajustan, pegan, cepillan, liján, sombrean, y pasan el barniz.

El “acabado” es perfecto. No parece labor hecha con dos maderas, sino capricho natural, obra espontánea de un tronco maravilloso, cuyas venas se hubiesen entrelazado para formar todo linaje de arabescos, grecas, cenefas y dibujos de plantas y animales.

De esos talleres salen roperos y mesas, cajas, alcancías y costureros. El color del fondo es café vetado y la incrustación es de un amarillo intenso y claro, con sombras negras.

Desgraciadamente, una influencia extraña, la más perniciosa, la más vulgar, se ha dejado sentir en los talleres de Jalos. Alguien llevó a la población un catálogo de vulgares muebles norteamericanos, y ya comienzan a construirse roperos y mesas de noche, primorosamente incrustados aún, pero llenos ya de esas molduras bárbaras que son características

de gran parte de la ebanistería yankee. ¡Libros como el referido piden a gritos una Congregación del Índice!

Trabajos de torno de Teocaltiche.—Otra importante población industrial de Jalisco es Teocaltiche (“en el templo venerado”), situada al norte del Estado, a pocos kilómetros de Aguascalientes, ciudad con la cual está comunicada por una regular carretera y con la que mantiene activo comercio.

Teocaltiche, rodeado de mezquital y nopaleras, amparado por su torre y surcado por su cinta de agua, sería uno de tantos pueblos ingratos y típicos: hacinamientos de seres incoloros, perezosos y murmuradores, si no estuviera ennoblecido por su producción artística.

Cada año, cuando se acerca la fiesta de Todos Santos, Teocaltiche nos manda los productos de su industria artística. Tres son sus actividades: la confección de finos sarapes de lana, de dibujos y tintas admirablemente combinados; los artículos de madera y los de hueso.

Talleres-hogares.—En las calles de Teocaltiche se oye el rumor de los talleres domésticos. Cada casita es una pequeña fábrica de juguetes y molinillos. Aquéllos se hacen de una madera clara semejante a la del naranjo, y se quema por frotamiento en el torno. Sus formas son variantes de unos cuantos tipos: la taza, el vaso, la copa, el barrillito. Su aspecto es atractivo, preciosa su estructura, limpio su color y armoniosa su línea. En estos talleres hay especialistas que se dedican a la manufactura de parvos ajedreces, los tamaños de cuyas piezas varían entre 2 y 3 milímetros; pero son los molinillos, decididamente, lo más interesante de la industria de Teocaltiche.

Si entráramos a uno de sus minúsculos talleres, veríamos un torno movido por una rueda, a la cual hace voltear un rapaz. Éste es el aprendiz del oficio. Más tarde será amo de taller y tendrá, a su vez, un muchacho a quien tyranizar y adiestrar. Frente al torno está el artífice. Veríamoslo aproximar al trozo de madera que en torno gira, un formón que, en un minuto, hace del cubo un cilindro, luego un cono truncado; toma después otro formón más fino y, con asombrosa destreza y por medio de suaves e instantáneas presiones, esboza

la forma del molinillo, detalla la cabeza, modela el cuello, talla collares, separa anillos, hace incisiones, acentúa relieves, cala y pule, hasta convertir el tosco trozo de madera en una pequeña obra de arte.

Otros artistas hay, en el mismo Teocaltiche, que se dedican exclusivamente al trabajo en hueso. El primor con que labran este material es sólo comparable al de los chinos, trabajadores del marfil.

TRABAJOS DE "CHILTE" DE TALPA

No se agota, con lo reseñado, el catálogo de las manifestaciones artísticas del pueblo jalisciense. Nos queda por mencionar, aunque sea de pasada, tres pequeñas industrias que florecen en Talpa, San Miguel el Alto y Zocoalco.

La primera es la de las figurillas multicolores de chicle, o "chilte", como allí se dice. Es éste una especie de *latex*, que procede de un arbusto de escaso follaje, el cual produce una leche blanquecina cuando se hacen incisiones en su tronco. El jugo referido se recibe en unos carrizos y después se vacía en un recipiente que contiene agua coloreada. Cuando, ya teñido, se cuaja el mencionado "chilte", golpéase sobre una piedra y se lava hasta que ya no pica.

Los artífices del chilte lo compran en pasta y, en seguida, se ponen a estirarlo hasta que lo convierten en largas hebras que se enrollan en un bastidor. Cuando están bien secas, se comienza a labrarlas, haciendo con ellas multicolores y vistosas figurillas —vírgenes, ángeles, adoradores, pastorcillos, ovejas, perros y aves—, algunas de las cuales han merecido muchos elogios en diversas exposiciones nacionales y extranjeras.

ENCAJES Y DESHILADOS

Tierra de caballistas y tiradores es San Miguel el Alto, poblado criollo que extiende su caserío en un llano contiguo a la bellísima Barranca del Gavilán, con su cascada de doscientos metros y la cinta azul del Río de San Miguel, entre cuyos tulares anidan garzas, ánsares y pico-largos.

Hombres de pelo en pecho, ios alteños de San Miguel; mujeres bellas y recatadas, las suyas. Diligentes también. Há-

biles y hacendosas, dedican lo más del día a tejer y deshilar. De los corredores sombreados, de las salitas con muebles de bejuco y oscuras imágenes de santos, salen maravillosas flores de hilo y calados en blanquísimas telas de lana y de algodón. Como en Malinas y en Brujas.

La habilidad que demuestran estas pequeñas y albas obras de arte: pañuelos, servilletas, manteles, blusas y encajes, es ya antigua en aquel lugar. De los *Apuntes geográficos, estadísticos e históricos del municipio de San Miguel el Alto* por Francisco Medina de la Torre, extraigo los siguientes renglones: "En lo que sobresalía la mujer tecuexe era en el arte de hilar y tejer algodón de 'pochotl'. Hasta la fecha, la mujer sanmiguelense es notable por su trabajo de hilar y tejer en géneros finos, lo que acá se llama deshilados."

EQUIPALES

En Sayula y en Zocoalco se manufacturan los confortables y bonitos sillones de madera y cuero que se conocen bajo el nombre de "equipales".

La voz *equipal* es la transformación castellana del mexicano *icpalli*, correspondiente a 'silla' y derivado de *icpac* ('sobre, encima'). Encontramos la palabra por primera vez en el *Vocabulario* de fray Alonso de Molina (1571) y en fray Bernardino de Sahagún (1570).

El *icpalli* era un banquillo bajo, de madera, junco, palma o caña, guarnicionado de cuero. La silla regia (*ilatoca-icpalli*) tenía respaldo y estaba decorada suntuosamente. Sobre ella apareció por primera vez Moctezuma, ante los ojos atónitos de Hernán Cortés y su intrépida hueste.

Hacia el año de 1880, Martín Paredes comenzó a fabricar esta clase de asientos, con dos aros de "palo dulce", unidos con estacas de "palo rosa-panal", amarrados con "ixtle". El asiento estaba formado por tiras de maguay. Posteriormente, José Ángel Gil puso sobre este tejido otro de carrizo, y después perfeccionaron el mueble, añadiéndole respaldo y brazos, otros fabricantes, como Daniel Mateo y Donaciano Cajero.

El asiento de cuero apareció por primera vez en equipales manufacturados por Margarito Hernández, Alberto Arroyo, José María Ferrel y Miguel A. Laguna.

En la actualidad, hay equipales decorados a colores con motivos mexicanos, o bien pirograbados con toda clase de grecas, los cuales resultan muy del gusto de los turistas de origen tejano.

LA FERIA DE SAN JUAN

Tocamos ya al final de estas notas, y no encontramos mejor manera de rematarlas que evocando la Feria de San Juan, suma y compendio de todas las manifestaciones artísticas del pueblo de Jalisco.

San Juan de los Lagos está en una hondonada. Desde el fondo se levantan las próceres torres gemelas de su Colegiata y el fervoroso geysir de las oraciones.

Bajan hasta la villa devota vías que se pueblan de romeros en ocasión de la festividad de su Virgen. Son caminos pintorescos, semejantes a los que conducen al mayor santuario de la otra Galicia. Pululan en ellos toda suerte de peregrinos, chalanés, músicos y varilleros. A pie, en carros, a caballo, en burro, en guayines, van los devotos a descargarse de mandas, a vender o comprar caballos de Los Altos, fustes, frenos, riendas y espuelas; a las tapadas de gallos; a ver, por las noches, el cielo negro rayado de bengalas. . .

Yo vi a San Juan en una de sus ferias. El espacioso atrio de la gran iglesia estaba lleno de penitentes que caminaban de rodillas, con ramos de flores y encendidas velas. Entraban las inditas a la rumorosa colegiata con sus anchos sombreros de copa baja y sus sartas de colorines. Iban también enfermos y convalecientes, mendigos de curvos bastones de "otate"; familias rezanderas que corean avemarias (sobre el contralto de las mujeres, el flautín del niño; dos octavas más baja, la voz del padre). Preces colectivas, grávidas. Lastimera oración del tullido. Tonos patéticos de lectoras de vía-crucis. Gangueos, toses, hipos periódicos e inquietantes. Y rezos, rezos interminables: miserias que piden alivio, necesidades que claman ayuda, penas que se amortiguan cuando se confían a la Virgen. . . La iglesia es un enorme acumulador de fe.

En la plaza y en las calles vecinas se extendían los puestecillos de los vendedores. Año por año, Guadalajara manda sus calabazates dorados, sus biznagas traslúcidas y los morenos ca-

motes cubiertos. Manda, también, los productos de sus artistas vidrieros, los platos, tazas, vasos, peces, aves y mariposas azules, verdes, ámbar, que con su aliento y sus sabias presiones, con sus vueltas y su balanceo rítmico, fabrican los oficiales de los talleres de Ávalos. San Miguel envía sus encajes y sus deshilados; Jalos, sus cajas incrustadas; Teocaltiche, sus trabajos de torno y también sus sarapes que compiten con los de Joco-tepec; Tlaquepaque, monos y juguetes; Tonalá, loza y tecomates decorados; Ameca, sus fustes, sus espuelas y sus pantalonerías de cuero; Talpa, la policromía de sus figuritas de chilte; Sayula y Zocoalco, sus equipales. Los pucstecillos de Las Peñas dan la nota marina con sus conchas, sus estrellas de mar, sus erizos y sus caracoles.

En la extensa plaza, frente al Santuario de la Virgen, se veían también expendios de toda suerte de golosinas: cajetas y ates, montones de naranjas y limas; pencas de plátanos costeños, como los pericos; corvos, verdes y amarillos; cañas con equitativas divisiones, fáciles al reparto; fritangas, cacahuates, semillas tostadas. Y además, tendidos de hierbas, toda la farmacopea de los sapientes curanderos y herbolarios.

Sobre el brocal del pozo en cuyo fondo se encuentra San Juan de los Lagos, contemplé a la pequeña ciudad por última vez. Serpenteando, baja la cinta del camino. Entre las arboledas aparecían, de trecho en trecho, caballadas de chalanes, diligencias, murgas bulliciosas, jinetes alteños. Había en el aire cálido del medio día, sonos de campanas que ascendían desde las torres de la Colegiata y áureas llamaradas de sol.